

NUNCA IMAGINÉ COLOMBIA

= RELATOS DE JÓVENES EN EL CONFLICTO =

PATRICIA BARÓN — MARTHA LUCÍA JORDÁN — OMAR RINCÓN
EDITORA: MARINA VALENCIA MEJÍA



DESCONEXIÓN COLOMBIANA

INTRODUCCIÓN

Colombia es vista como una nación en guerra. El conflicto es el tema central cuando se estudia a Colombia, siempre se ha buscado explicarlo desde una perspectiva sociológica sobre los actores y escenarios del conflicto; desde una perspectiva de ciencias políticas para entender cómo las instituciones democráticas han respondido y actuado; desde una visión antropológica para encontrar nuestra tradición de miedos y ausencia de lo simbólico. En este contexto, ha nacido en nuestro país una rama especializada de las ciencias sociales que se llama la “violentología”.

Los colombianólogos afirman como hipótesis que Colombia es el resultado de “la debilidad del Estado desde la Independencia”, que somos una nación más de “ciudades-Estados que de Estados-naciones, que por eso nunca ha habido control fuerte por parte del Estado y nunca ha existido integración nacional de verdad”; además, carecemos de “concepto de política, ya que esta supone un marco para que haya conflicto, pero sin violencia”¹. Debilidades que son responsabilidad del Estado pero “también es una deficiencia cultural porque en Colombia hay una mezcla de cordialidad y de utopía con la violencia”. Esta visión es asumida también, por el colombianólogo más famoso, Daniel Pecaut², quien afirma que “Colombia no tiene tradición de Estado. Las fuerzas, los grupos, las expresiones, están en contra del Estado. Lo único común en Colombia, es que los gremios empresariales, los sindicatos, los pueblos están en contra del Estado. La única cultura política de este país es que todos están en contra del Estado: el mismo Estado está en contra de sí mismo. Esto tiene su ventaja, porque permite que haya un espíritu emprendedor, cierto nivel de espíritu y aprendizaje democrático, precisamente por la desconfianza hacia todos los poderes”. Requerimos de colombianólogos porque “nuestra tradición colonial nos habituó a mirar el mundo a través de lentes ajenas. El centro de nuestra cultura fue

sucesivamente la corona española, la revolución francesa, el mercantilismo inglés, la sociedad de consumo norteamericana”³. No sólo somos los hijos del relato de la violencia, sino que además somos el producto de las miradas lejanas. Ahora, esa tendencia a no querer ser Estado, no considerarse parte de un proyecto común nos viene desde nuestra fundación. “Santander quería un gobierno de leyes, pero lo primero que hizo apenas bajó del caballo el 7 de agosto de 1819, fue pedir que le entregaran la hacienda de Hato Grande para que le pagaran la deuda de los 20 mil pesos que él dizque le había dado a Bolívar para la campaña. Entonces, a partir de ese momento, nacimos equivocados, seguimos equivocados”⁴. La política no es nuestro modo de convivir, sólo las ganas individuales.

En la literatura, el más visible también es relato de la violencia. Nuestro versátil y contundente escritor R.H. Moreno-Durán lo consigna de la manera más explícita. “En Colombia hay una cultura de la muerte. Yo creo que sólo las almas cándidas intentan desmentir esto. Basta remitirse, por ejemplo, a la época de la Colonia, cuando un libro fundacional como “El Carnero” nos ofrece un caso en el que alrededor de un sólo funcionario se dan cita la corrupción administrativa, el crimen político, el crimen pasional, un frustrado magnicidio y un ejemplo soez de racismo. El hombre que consigue semejante hazaña no es un criminal cualquiera, es el oidor Andrés Cortés de Mesa. Si todo esto sucedía en nuestra infancia civil ¿por qué extrañarnos de lo que ocurre ahora? Para seguir en el campo de la cultura, mencionaré tres casos específicos: las dos novelas más importantes del siglo XX “La Vorágine” y “Cien Años de Soledad”, comienzan con sendas referencias a la violencia. “La Vorágine” se abre con una frase terrible y absolutamente válida “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia”. ¿Cómo comienza “Cien años



de soledad"? "Muchos años después frente al pelotón de fusilamiento...". No debe extrañarnos que la obra de arte más importante que tenemos se titula precisamente "Violencia" de A. Obregón, sin quitarle mérito a muchas maravillas plásticas. Tengo una frase muy dura, pero muy cierta: "Sin la muerte, nuestro país no daría señales de vida" ⁵.

La narrativa periodística no habla de esa deficiencia cultural de falta de Estado, ni de la ausencia de la política, sino de cómo la muerte se ensaña contra este país de buenos, ha contribuido a ese relato de la violencia. Nuestra sociedad produce sujetos que aprenden a matar antes que a interactuar desde lo simbólico, que cree en las vías de hecho más que en la política. "Ángela y Adolfo aprendieron la primera gran lección de su vida a los 12 años: aprendieron a matar" así comienza un informe especial de la Revista Semana⁶ y termina con esta otra afirmación: "Todos, incluso los que han vivido las peores experiencias, anhelan una vida normal: regresar con sus familias, armar unas propias, aprender lecciones sencillas: a leer, a escribir, a querer... Y a no matar". Así la cosa es fácil, este país enseña a matar pero la gente quiere es amar. Los buenos no entendemos por qué todo no cambia.

¿Somos un país violento? "Si se aceptara que somos un país violento, tendríamos que aceptar que el rasgo distintivo de nuestra conducta es la violencia y que son tantos los colombianos que la asumen que podría hablarse de una característica colectiva. Pero las estadísticas prueban lo contrario. (...) ¿Qué somos un país de ladrones? ¿Qué la honradez, entre los colombianos, es un valor deficitario? La afirmación, además de escandalosamente errada, afrenta a unas mayorías que si siguen siendo pobres y modestas de recursos es por no haber obedecido a la moral del pillaje que se inicio exitosamente durante las administraciones coloniales y que fue heredada y perfeccionada durante la República. (...) Somos emocionalmente colombianos (...) Los colombianos nos definimos mejor por lo que no somos colectivamente que por lo que somos excepcionalmente (...) La colombianidad, el ser colombiano, siguen sin definirse"⁷. Tal vez si, tal vez no. Si no somos hijos de la violencia, lo somos de la ausencia del disenso, el debate, la política. "En una cantina en Cartago

decía: "Se prohíbe hablar de política y religión". Corrían los años 1954 y 55, y la gente creía que para evitar la violencia lo mejor era esconder las diferencias, esconder cualquier cosa que pudiera crear conflicto"⁸. Así ha sido nuestra forma de hacer política, modos de esconder las diferencias y purificar nuestros disensos en bálsamos de unanimismo.

[+++++]

En este estudio, nos adentramos desde una perspectiva distinta, la cultural. La cultura se refiere a la producción de símbolos colectivos que permiten asignar sentido al habitar del día a día. La cultura hace referencia a la conciencia común que comparte un sujeto para hacer parte de una comunidad de sentido. Clifford Geertz⁹ afirma que cultura es una red de significados de carácter abierto y público que comparte una colectividad para producir sentido. En esta línea cultura es "el modo particular en que una sociedad experimenta su convivencia y la forma en que se la imagina y se la representa" (PNUD Chile)¹⁰. Como red de significados compartidos que permiten percibir y representar la realidad, la cultura se vuelve vital "cuando ya no se puede apelar a otras instituciones del estado y cuando el mercado sólo sirve a los intereses de elites y de empresas transnacionales, (ya que) se espera que la cultura sirva para facilitar los derechos en sociedades donde hasta ahora no han sido respetados. (Así) la cultura sustituye a la política donde ésta carece de eficiencia o aplicabilidad"¹¹. Yendo más allá se puede llegar a concluir que la cultura puede ser pensada desde las "tecnologías de la identidad, es decir, como una serie de discursos y prácticas que determina los parámetros culturales de validación del sujeto en la sociedad" ¹².

En este contexto, la cultura en una nación como Colombia se refiere a cómo los ciudadanos desarrollan una comprensión de su país que les capacite para ayudar a transformarlo. Se reconoce que lo cultural pasa por la construcción diversa de lo que somos, en diálogo abierto sobre los asuntos que la comunidad considera necesarios para su existencia como colectivo. El conflicto colombiano, de alguna manera, se refiere a la ausencia de espacios

abiertos de debate y conversación sobre los asuntos que constituyen lo común en estos tiempos de inestabilidad simbólica y flujo de las identidades. El reto como sociedad es la ampliación de las posibilidades culturales y comunicativas de los colombianos, crear escenarios válidos para el disenso, la palabra con sentido y la imaginación de una Colombia más plural, diversa y dialogante.

Con base en las comprensiones esbozadas se puede concretar que la(s) cultura(s) se reconocerán, actualizan y expresan en:

- La producción de símbolos colectivos de identidad
- Las conciencias que comparten los diversos sujetos de una comunidad
- Las redes de significados compartidos de carácter abierto y público
- Los modos particulares en que se experimenta la convivencia
- Los lugares de expresión de derechos
- Los discursos y las prácticas que proveen de sentido a los sujetos
- Los dispositivos de validación del sujeto en la sociedad.

Estas marcas culturales en el análisis se relacionan con las huellas de nación para ensayar comprensiones e interpretaciones más colectivas y profundas sobre el cómo venimos siendo desde el conflicto que nos determina como colectividad. Entonces, se analizará ese espacio virtual llamado Colombia ("una sociedad material y moralmente integrada a un poder central; democracia, escuela primaria, servicio militar y sufragio igualitario"), las marcas del territorio ("fronteras determinadas"), la tradición y discursos ("una relativa unidad moral, mental y cultural"), los nuevos modos de producir sentido (miedos, goces).

[+++++]

"El problema de Colombia es el síndrome del espejo. Como con los espejos nos conquistaron y acabaron lo que éramos, le cogimos pánico al espejo (...) Hagamos una campaña masiva para que todos los colombianos tengamos un espejo. En vez de repartir libros, repartamos

espejos por todo el país para que nos veamos a nosotros mismos"¹³. Este documento quiere ser eso: un espejo donde mirarnos como nación, un espejo construido desde los hijos de la guerra, los jóvenes desvinculados. Y lo hacemos porque creemos con William Ospina que "Colombia necesita convertir hoy las agitadas circunstancias de su historia reciente en intensos relatos y en cantos conmovidos, para que no se olviden los dolores y los heroísmo de esta época tremenda, y para que el relato mismo sea a la vez bálsamo y espejo, que nos permita dejar de ser las víctimas y empezar a ser los transformadores de nuestra realidad"¹⁴.

En el estudio de los jóvenes desvinculados existe un relato fundamental, el trabajo periodístico de Guillermo González Uribe (Los niños de la guerra, Bogotá: Planeta, 2002) quien reconstruye, en once relatos de vida y guerra, el panorama complejo del conflicto colombiano. Relatos contundentes sobre como en Colombia el conflicto es como un virus que se va tragando los deseos y las ansias de libertad y futuro de sus habitantes. Testimonios que nos indican que el Estado no existe, que hay mucho país donde su ley y su acción no aparece, territorios donde el discurso guerrillero o la pragmática paramilitar seducen a unos y obligan a otros a ingresar en el seguro mundo simbólico de la guerra. Relatos que nos muestran una sociedad inerme ante el destino guerrero porque la familia se ha convertido en socializadora de maltratos y venganzas y la escuela expulsa por su carencia de sentido de realidad y pedagogía de encuentro. Este texto es fundamental para comprender el conflicto colombiano al realizar un acercamiento desde el afuera (el periodismo) para responder un deseo común que aparece en los que vemos la guerra por televisión ("entrevistar a un niño guerrillero y a uno paramilitar para saber qué sintieron al enfrentar la muerte"). El resultado un texto que revuelve el alma cómoda de nosotros los "ciudadinos", de las almas intelectuales y los pensadores de la paz. Once relatos que nos crean una radiografía de cómo es la guerra, cómo se hace, cómo se siente, cómo se vive ese "destino" de la violencia. Un texto que llevó a decir a William Ospina que lo "estremeció" porque lo llevó "al fondo del abismo de la condición humana" y le hizo "sentir el sabor del infierno".



Los niños de la guerra es un excelente relato periodístico, ya que nos cuenta como es la guerra desde la visión de los jóvenes, nos deja ver el proceso de hacerse violento y la ambigüedad moral con que se mata en Colombia.

Desde una orilla diferente, no desde la mirada externa del periodista que va a buscar aquello que impresiona e impacta en el ojo de nosotros los otros al conflicto, se ubica el estudio de Torres "La Palabra... La paz labra. Historias de niños, niñas y jóvenes excombatientes". La perspectiva de Torres es desde adentro, desde la vivencia, así construye la contracara de esos seres guerreros y los reconvierte en relatos que nos hablan de un país que produce seres que tienen como único destino la vida en las armas. Aquí ya no sobresale lo matón sino aquella injusticia que hace que nos estemos como nación muriendo joven.

Siguiendo con la línea de trabajo abierta por González Uribe (Los niños de la guerra) y Torres (La Palabra... La Paz Labra. Historias de niños, niñas y jóvenes excombatientes) este estudio, Desconectados a la colombiana, retoma el tema: el conflicto colombiano, trabaja sobre los mismos sujetos: jóvenes, interviene en el mismo programa gubernamental: proceso de desvinculación. Pero, quiere mirar desde adentro, no se interesa la actualidad del relato periodístico, tampoco quiere la verdad de la guerra... quiere dejar la guerra, los guerreros y los deseos urbanos y buscar al sujeto que hay en cada uno de los desvinculados, quiere buscar sus emociones, creaciones, vitalidades, contradicciones, subjetividades.

Este estudio no busca la objetividad, ni la transparente verdad, tampoco mide el impacto social, mucho menos quiere la explicación estructural de la violencia colombiana... sólo quiere develar los sujetos culturales, esos que existen detrás de un nombre, una sonrisa, una emoción, una ilusión, una ficción, un relato de vida... quiere romper el rotulo que los denomina jóvenes guerrilleros, paramilitares, desvinculados... quiere un imposible: Pensar a Colombia desde sus sujetos y su ser joven, familia, institución, subjetividad, cultura. Queremos, no sabemos si podemos, pensar a Colombia desde la narración que nos cuenta como individuos; desde como convertimos en relato nuestra experiencia de la guerra; desde los relatos

producidos por estos jóvenes desvinculados como parte de sus procesos de generar sentidos sobre su experiencia. Queremos, en la medida en que nuestros límites como psicólogos, psiquiatras, comunicadores e investigadores nos lo permita, comprender los códigos simbólicos, políticos, éticos y emocionales y los modos de producción de la subjetividad y la nación que están siendo actuados por los jóvenes para comunicar sus relatos. Sólo nos queda, invitarlos a leer; a dejar nuestra cómoda posición de espectadores y observadores; los invitamos a leer a estos otros; los invitamos a escuchar a ese otro país, el desvinculado, el joven, el guerrero.

NOTAS

- 1 Blanquer Jean Michel, "Diagnóstico europeo sobre Colombia". Lecturas Dominicales, El Tiempo, Febrero 8, 2004, p. 5.
- 2 Pecaut, Daniel. "En Colombia todos están contra el Estado". Bogotá: Revista Semana, Diciembre 10, 2001, p. 36.
- 3 Ospina, William. "Lo que se gesta en Colombia". Bogotá: La Revista de El Espectador, Octubre 7, 2001, p. 46.
- 4 Álvarez Gardeazabal, Gustavo. "Hay que refundar a Colombia. Construir un nuevo país. Cambiarle la carta astral". Bogotá: La Revista de El Espectador, Mayo 6, 2000, p. 12.
- 5 Moreno-Durán, R.H. "La crisis ha hecho metástasis en toda la sociedad. También en la cultura". Bogotá: La revista de El Espectador, Octubre 7, 2001, pp. 8-9.
- 6 "Los niños de la guerra". Revista Semana #1117, Octubre 6, 2003, pp. 25-34
- 7 Collazos, Oscar. "¿Qué es la colombianidad?". Bogotá: Revista Semana, Agosto 25, 2003, pp. 154-158.
- 8 Isaza, José Fernando. "No nos podemos seguir avergonzando de ser mestizos". Bogotá: La revista de El Espectador #68, Noviembre 4, 2001, p. 8.
- 9 Geertz, Clifford. "Interpretación de las culturas"
- 10 Citado en Rey, Germán: "Contraplanfeto o los estragos del mal de ojo". Bogotá: Revista Malpensante, #43, Diciembre 16/2002, p.70.
- 11 Yúdice, George en Ochoa, Ana María. "Entre los

deseos y los derechos". Bogotá: ICANH, 2003, p. 12.

12 Ochoa, Ana María. "Entre los deseos y los derechos". Bogotá: Icanh, 2003, p. 21.

13 Alvarez Gardeazabal, Gustavo. "Hay que refundar a Colombia. Construir un nuevo país. Cambiarle la carta astral". Bogotá: La Revista de El Espectador, Mayo 6, 2000, p. 13.

14 Ospina, William. "Colombia en el planeta (Relato de un país que perdió la confianza)". Bogotá: Documentos Semana, s.f., p. 1

